

La bodega secreta

En un rincón olvidado de la meseta castellana, allí donde el sol de agosto incendia la tierra y el Duero serpentea perezoso, se alzaba el pueblo que me vio nacer. Mi abuelo, Eladio, un hombre de pocas palabras y manos curtidas por el trabajo, poseía unos viñedos centenarios en las afueras, unas cepas viejas que, decían, tenían más historias que uvas. Yo, un niño entonces, me fascinaba con el ritual de la vendimia, con el aroma dulzón del mosto que fermentaba en las bodegas, con el murmullo de las mujeres al pisar la uva, con sus risas que resonaban entre los muros de piedra.

Pero el recuerdo más nítido, el que me persigue aún en el insomnio de las grandes ciudades, es el de su mirada. Una tarde, mientras el cielo se teñía de violeta y oro, le encontré sentado junto a la parra más antigua, con una botella de vino en la mano y la vista perdida en el horizonte. No bebía, solo la sostenía, acariciando la etiqueta con un dedo tembloroso. En ella, un nombre, borroso por el tiempo y el roce: Carmen. Jamás había oído hablar de ella. Mi abuela, una mujer de carácter recio, nunca mencionó ese nombre. Era un secreto, lo supe al instante. Un misterio familiar tejido con el hilo fino de la discreción castellana.

Los años pasaron. Eladio murió. La casa y los viñedos pasaron a manos de mi padre, y luego a las mías. El pueblo, en su inmutable lentitud, apenas cambió. Yo, sin embargo, me había convertido en un hombre, un escritor que buscaba historias donde otros solo veían el polvo del tiempo. Y el misterio de Carmen seguía allí, latente, esperando ser desenterrado.

Un verano, obsesionado por aquella imagen de mi abuelo y la botella, me decidí a buscar. Rebusqué entre papeles viejos, cartas amarillentas, fotos olvidadas en el desván. Y la encontré. Una fotografía en blanco y negro, descolorida, que mostraba a una joven de ojos grandes y sonrisa esquiva, junto a un hombre que, a pesar de los años, reconocí al instante: mi abuelo, más joven, con una vitalidad que nunca le había visto. En el reverso, una fecha y dos nombres: Carmen y Eladio, 1936. La Guerra Civil. Un telón de fondo para un amor que, intuía, había sido imposible.

Indagué entre los más viejos del pueblo, aquellos que aún recordaban la pre-guerra. Con cautela, preguntaba por Carmen, por su familia. Las respuestas eran evasivas, murmullos entre dientes. "Una forastera", decían algunos. "Una pena", suspiraban otros. Nadie quería hablar demasiado. La *omertá* rural, pensaba yo, que protegía los secretos con más celo que el Vaticano los suyos.

Una tarde, mientras revisaba los libros de cuentas de la bodega de mi abuelo, en-

contré una serie de anotaciones marginales, escritas con una caligrafía diferente a la suya, más delicada, más femenina. Fechas y cifras, pero también, de vez en cuando, pequeñas notas al pie: "Vino para ella. No cobrar". "Que no falte el vino para la bodega secreta". ¿La bodega secreta? Mi abuelo, un hombre tan predecible, ¿había tenido un escondite? Recorrí las viñas, el suelo pedregoso, las cepas retorcidas. Y di con ella. Una pequeña puerta de madera, casi imperceptible, camuflada entre la hiedra y las raíces de una encina centenaria. Al abrirla, un túnel oscuro, húmedo, que olía a tierra y a tiempo.

Al final del pasadizo, una estancia pequeña, apenas iluminada por un ventanuco que daba al exterior. Y allí, apiladas, docenas de botellas de vino. Todas ellas con la misma etiqueta borrosa: Carmen. No eran botellas antiguas, no. Algunas eran recientes, de las últimas cosechas de mi abuelo. Y al fondo, sobre una pequeña mesa, una carta. La letra, la misma que en las anotaciones de los libros. No era de Carmen. Era la letra de mi abuela.

"Eladio, sé que la amabas. Lo sé desde el principio. Y sé que ella te amó. Siempre supe que ella regresaría cada año a buscar su vino, el vino que la unía a ti. Por eso, durante todos estos años, he mantenido esta bodega secreta. Para ella. Para que supiera que, aunque no pudiera estar contigo, su amor seguía vivo en cada botella. Porque yo también te amaba, Eladio, y entendía tu amor por ella. Que seas feliz. Y que beba por los dos".

Mi abuela. La mujer recia, la que creí que había borrado el nombre de Carmen de la historia familiar. Era ella quien había mantenido viva esa historia, ese amor imposible, con una generosidad que me dejó sin aliento. Un final inesperado, sí. Y sorprendente. Pero, sobre todo, una revelación de un amor que trascendía las convenciones, un triángulo afectivo que se había tejido con la delicadeza de las cepas y la fuerza de un vino inigualable.

Una prueba de un amor tan grande que incluso la mujer "engañada" lo había custodiado con devoción. La bodega de Carmen no era un escondite para un romance prohibido, sino un altar a un amor eterno, cuidado por la mano más inesperada.